

Esto era bien feo,  
era como un albergue,  
pero nos dieron las casas

Miguel Ube

**MI NOMBRE ES MIGUEL JULIÁN UBE MORENO.** Tengo 68 años y nací en Quevedo. Tengo cinco hijos. La mayoría vive en la costa. Mi papá y mamá ya no viven. A papá lo perdí cuando tenía nueve años. Y a mi mamá cuando estaba ya aquí, más o menos de unos 35 años. Hermanos tengo dos, una hermana y un hermano. Yo aquí trabajo para vivir. Tengo esta tienda, aquí dentro del hospital. Aquí paso un rato, sin esperar la ayuda de nadie. Esto es lo que me ayuda a salir adelante porque la vida es tan dura. A veces, también aquí tengo problemas porque no me dejan trabajar bien. Entonces tengo que pensar en hacer algo. He tenido esta tienda ya 24 años. A pesar de ser una persona discapacitada, me molestan, no me dejan trabajar, no me dejan tener nada. Le dije ya al director que yo soy discapacitado y que por favor trate de ayudarme.

Ya llevo 35 años viviendo aquí. Llegué como a eso de los 22 o 23 años. Tuve la suerte de vivir con una familia en Conocoto. Ellos vieron que en uno de mis dedos se habían hecho unas ampollas. Vivía con ellos porque me trajeron de Quevedo. Eran amistades de mi familia. Me dijeron: “Vamos para Quito”, y yo acepté. Un día de los fieles difuntos me llevaron al cementerio, estábamos alrededor de las tumbas, tomando, y aunque yo no tomaba, se me hicieron tres ampollas. Desde ahí empezaron a ver que estaba mal por-

144 que no sanaban. Un hijo del señor de la casa, que hasta ahora nos tratamos como hermanos, me trajo para acá. Aquí me dijeron que solamente me quedaría un mes o quince días, hasta que me hicieran los exámenes. Pero no fue así. Me quedé para siempre.

Cuando llegué había cerca de 200 personas, tanto mujeres como varones. Vivían con sus familias, con hijos, hijos pequeñitos. No sabía de qué se trataba este hospital. Poco a poco vi que era algo diferente a otros hospitales, vi de qué se trataba.

Estábamos divididos: los casados, que estaban en una parte, y los solteros, en otra. Las mujeres estaban por otro lado. Creo que nos tenían así divididos porque sinceramente no querían que nos juntáramos. Algunas personas ya se habían casado aquí adentro, otras habían conocido a personas de afuera y se habían casado y tenido sus hijos. Supongo que por eso nos tenían separados porque no querían que siguiera creciendo la población. Poco a poco me fui acostumbrando y, bueno, hasta ahora que estoy aquí.

Había cosas que al inicio no entendía. Por ejemplo, me di cuenta de que había unos tanques grandes de cal. La gente que entraba, los trabajadores del hospital, metían los pies, los zapatos, en ese polvo, se sacudían, y así caminaban. Claro, lo hacían para no contaminarse; decían ellos que se iban a contaminar. Recibíamos la comida a través de una reja. Las divisiones estaban hechas con malla, de manera que ni la cara les veíamos. Sólo nos pasaban el plato y nada más. Así comíamos, como los perros cuando están bravos, como se da de comer a cualquier animal bravo; pasándonos la comida por debajo. Los médicos, las enfermeras, todos ellos andaban con la mascarilla, totalmente cubiertos. Es algo que recuerdo me impactó cuando llegué aquí. Yo me decía: “¿Para qué se ponen la mascarilla? ¿Qué, acaso estamos apestosos?” Ya después me di cuenta y, pues, uno se acostumbra.

Me iba enterando de a poco de la historia de este lugar. En ese tiempo circulaba el sucre como moneda. Nosotros no recibíamos el dinero en sures, sino que nos daban unos papelitos, tipo cupón, que no sé cómo les llamaban. Nos pagaban con eso. Por ejemplo, en las compras, nos pagaban con esos papelitos. Se hacía un canje, porque ellos tenían el dinero.

Cuentan que, antes, este hospital había sido la hacienda de unos millonarios que la regalaron, justamente al ver a los señores leprosos que andaban en la calle de un lado a otro. Había sido bien grande, pero ha ido

disminuyendo. Cuando recién se abrió, parece que no había moradores, sino que era puro bosque. También se dice que no hubo los recursos para que se siguiera manteniendo como hacienda. Dicen que aquí llegaba, de otras haciendas, ganado pelado. Incluso, cuando yo llegué, aún lo traían. Había un camino estrecho, ni siquiera se le puede llamar carretera, no había empedrado. No había nada. Esto era bien feo. Ahora han ido construyendo porque el sitio se estaba cayendo a pedazos. Era como un albergue. No era un hospital todavía. Pero, claro, habían médicos que atendían, aunque no había tanta gente trabajando, porque la gente tenía tanto miedo de venir.

Me acuerdo que derrumbaron las paredes de todos los pabellones. Tu vieron que arreglar la parte de arriba porque se caía. Todo era horrible. Los pasillos eran pura tabla, en los techos había huecos. Todo fue cambiando. Trabajé como siete años con la gente que lo reparaba. Rellenamos y pusimos baldosa. Mientras trabajábamos, vi caer a algunos señores, se hundieron y se golpearon todo el cuerpo. Es que era horrible el estado en el que estaba. La gente criaba cerdos, vaquitas, chivos, borreguitos, que les regalaban. Cuando ya estaban bien gorditos, los matábamos y comíamos todos.

El director en ese tiempo era el doctor Garzón, luego vino el doctor Pablo Rodríguez. El doctor Garzón fue transformando este hospital y ya no se llamaba “lepra” a la enfermedad, sino “Hansen”. Antes, así la llamaban: lepra. Tenía también otros nombres que no recuerdo, pero que han ido cambiando. Ahora, por eso, el hospital se llama Dermatológico Gonzalo González.

Luego vinieron doctores que se fueron, no estuvieron mucho tiempo. Unos se fueron al Hospital del Seguro Social. Allí están una doctora y un doctor que trabajaban aquí. Un año hubo un doctor bien malo. Un día yo me desperté, fui al negocio, lo vi y me insultó: “¿Qué haces aquí? ¿Qué haces vendiendo aquí, leproso? Lárgate de aquí, no te quiero ver por aquí”. Estaban otras personas ahí, también lo escucharon. Yo le dije que no estaba bien, que quería hablar con él, pero no me dio oportunidad. Quise denunciarlo. Por la manera en que me había insultado. Me dolía que me llamara así. No se daba cuenta de que este hospital se había creado justamente para nosotros. También entre los compañeros había ciertas reacciones, sobre todo respecto a nuevos compañeros que llegaban, pues los recibían con extrañeza. Por ejemplo, al entrar aquí, utilizaba mi cabello largo, vine con una flor grandota en la cabeza. La gente se asustaba de verme así. Decían: “Este



debe ser ladrón. ¿Qué será, además?” Al principio, me trataron un poco mal. Pero no me importaba lo que dijeran. Yo era yo, y ellos eran ellos.

En ese tiempo no se veían muchas enfermeras atendiendo aquí. Había compañeros jóvenes que se hicieron enfermeros. Nos curaban a nosotros. Había compañeros, como el señor Andrade, que por necesidad se volvieron enfermeros. Es que entre los pacientes mismos nos curábamos. Aunque había personas que hacían la limpieza, nosotros también la hacíamos. Pero en ese tiempo nos pagaban. No nos pagaban con las monedas sino con los papeles. Aunque sí había una diferencia entre el pago a los trabajadores y a nosotros, los pacientes. Nos decían que no podíamos ganar como los trabajadores. Mientras los otros ganaban el sueldo completo, como debe de ser, a nosotros como pacientes nos pagaban lo que se les daba la gana. Eso fue muy feo. Yo nunca tuve una remuneración justa. Por eso, yo digo, algunas personas han tenido suerte y se han ido. Pero no han sido muchas, han sido como diez que se han ido porque ya se han sentido bien. Fallecidas, sí ha habido muchas. De los que se han ido, algunos han vuelto, otros ya han hecho su vida afuera, otros también han fallecido. Porque el tratamiento antes no era tan adecuado. Entonces eso sí afectaba. En cambio, hubo personas que no aparecieron nunca más. En ciertos casos, cuando han venido por alguna razón los familiares, se les ha preguntado:

—Oiga y, ¿qué es de su pariente que estaba aquí?

—Falleció —es lo que nos dicen.

La partida de los compañeros nos afecta muchísimo. Y ahora aún más porque ya no hay nuevos ingresos. Esto significa que vamos quedando menos y menos. Para nosotros eso es bastante delicado porque es como si supiéramos que ya nos estamos acabando y ya nadie más de nosotros habitará este hospital. Por eso sería bueno saber la historia de cada uno. El porqué vinimos aquí.

A mí, me detectaron la enfermedad cuando llegué en 1980. Antes de eso, sólo me daban unas pastillas pero no sabía ni para qué eran, porque los médicos no sabían de qué se trataba lo que tenía. También me acuerdo que me pusieron una inyección. Nunca me explicaron para qué era. Lo cierto es que cuando llegué, aquí me diagnosticaron. Mi familia no se enteró. Hasta la fecha, hay algunas personas que no se enteran de mi realidad. Mi hija, por ejemplo, que vive aquí, ella sí se ha enterado de todo, justo porque vive aquí.

148 En caso de que se llegue a enterar mi familia, seguro no les va a importar. Como dicen: les vale un comino. ¿Qué podemos hacer? La enfermedad no la puse yo. Que le pregunten a muchos señores inscritos aquí por qué se enfermaron. Nadie sabe por qué.

Antes de que me trajeran aquí, yo trabajaba muy duramente. Trabajaba de albañil, ponía papel tapiz, trabajaba de todo. Nunca me dejé morir de hambre porque tuve mi esposa, aunque muy jóvenes nos separamos. A mí me gustaba tanto viajar, tanto. Sin embargo, después de que esta enfermedad me afectó a la piel, le dije a un compañero: "Con esta enfermedad, ¿qué más me toca, sino, quedarme aquí?"

A veces vivimos enfermos, no solamente por la lepra, sino que hay otras cosas que también nos afectan. Otras enfermedades que nos dan, que son delicadas. Entonces, unos tienen suerte de tener quien los cuide, y otros no. Aquí hubo un tiempo en el que no permitían tener pareja. Pero ahora claro, ¿por qué no? Aunque no nos dejan vivir juntos, sólo que nos visiten. Duro ha sido, sobre todo para aquellos a los que no les gustan las mujeres. No necesitamos autorización para tener una mujer, pero sí para que se quede a veces a dormir. Al comienzo, al llegar, había un poco de restricción. Rechazo. Veía a las personas que se casaron aquí, tenían su compromiso, pero sí sufrían un poco de rechazo. Sin embargo, al final, la gente se va poco a poco dando cuenta de que estas personas que están aquí son conocidos, enfermos, pero viven aquí; no queda más remedio que aceptar y respetar.

En mi caso, antes de enterarme de mi condición, ya tenía mi familia, tenía mis hijos. Y como yo fui un picaflor, tengo otra familia en otro lado. Pero nunca me casé. Solamente vivía comprometido. Tuve cinco hijos pero no con la misma señora. Tuve varias novias. Ninguna de ellas ha tenido Hansen. De todas maneras, la mujer que ha sido mi única pareja permanente, por decirlo así, es mi primera mujer. Hasta el nombre se me ha olvidado. Es que hoy ni la reconocería porque ya han pasado 50 años desde que tuvimos a nuestros hijos. Dominga, se llama. Con ella tuve tres hijos. Vive todavía, pero con otra pareja. Nos separamos porque ella me botó; me engañaba con otros hombres. Antes de venir acá al Gonzalo González, ya me engañaba. Ahora, desde hace tiempo, no tengo a nadie en mi vida.

Tuve otra pareja cuando llegué aquí. Me fui a Cotopaxi y allá tengo un hijo también. Mi hija, la que vive aquí, me ayuda. Ella es una de las tres que

tengo con Dominga. Nos juntamos y separamos jovencitos. Porque me separé de ella como a los 20 años. Tuve mis hijas cuando tenía 15 años. Fue una relación rápida, aunque la historia es bien larga. Me quedé sin padre cuando yo tenía nueve años. Como a los tres meses de haber fallecido mi papá, mi mamá, que era tan, pero tan difícil, me botó a la calle. Estuve en la calle, andando, pero no me metí en drogas, no me metí al ladronismo, nada de eso. Y poco a poco conocí a esta mujer. Ella me sacó de la calle, aunque teníamos la misma edad.

La vida en pareja fue muy bonita. Al comienzo todo era lindo, siempre es así. Después, con los problemas, me fui. Como trabajaba para el Estado, cuando ya me quedé solo, puse la renuncia y me salí de ahí. Dejé la casa, dejé todo, incluso dejé botados unos terrenos que tenía. Ella nunca volvió a buscarme. Hasta ahora no la he visto. Ni sabe de la enfermedad que tengo. Mis hijas están aquí y por eso saben, como mi hija Romina, que vive en las casas de aquí arriba. Creo que mi exesposa debe vivir entre la dicha y el dolor. Cuando ella me dejó, tal vez pensó cosas maravillosas sobre el futuro. Tal vez pensó que uno nunca se iba a enfermar, o que siempre íbamos a estar en un estado de juventud. Y no sabe que la vejez a uno le llega y la enfermedad también, a todo mundo.

*11 de octubre de 2014*